

DE LA PRUDENTE RESOLUCIÓN QUE ADOPTÉ TRAS MI LARGA
CONVERSACIÓN CON GABRIEL Y DE CÓMO LA PUSE EN
PRÁCTICA

EN resumen saqué la conclusión, por lo que yo sabía de Dolores, de que el capitán Hyx había dejado en libertad a Gabriel porque aquél había dejado a Dolores en las islas Cíes, no temiendo, una vez adoptado aquella medida, que la señorita (1) excitara con nuevas confianzas a su prometido contra un hombre a quien se había reservado por completo el capitán y que pertenecía, ante todo, «a la venganza del *Vengador*».

Pues bien, lo que nadie había dicho a Gabriel se lo revelaría yo... ¿No habíamos jurado decirnoslo todo y ayudarnos mutuamente?... Al reflexionar ahora con el cerebro tranquilo, no sé si en verdad servía a Gabriel haciéndole aquella terrible confidencia; pero era indudable que servía a la humanidad al aumentar las probabilidades que tenía de desembarazarse de von Treischke; servía también a Amalia, que no podía amar a aquel repugnante monstruo, y me servía a mí mismo, ya que, por muchas razones, hu-

(1) En español en el original.

biera sido para mí una felicidad el verle desaparecer para siempre.

Mi calidad de neutral me impedía combatirle directamente; pero yo podía desencadenar contra el miserable un enemigo natural sin que mi conciencia sufriese por ello. Así fué cómo, después de haber hecho lo imposible por salvar a von Treischke de las garras del capitán Hyx, lo lancé entre las no menos temibles del prometido de Dolores... Así, pues, con una astucia de la que no me avergüenzo, comencé a hablar de von Fritz, que se hallaba a bordo del submarino que yo acababa de abandonar. Hasta entonces no había yo pronunciado aquel nombre, ocurriendo lo que yo había previsto.

—¡Maldición!—gritó Gabriel—; ¡de haber sabido que ese bandido se hallaba a bordo del submarino, hubiera preferido reventar al *Ana María* antes que dejar escapar su maldito Ul... ¡Ahl, ¡por qué no lo habré sabido antes!

—Sin contar —añadí— que Fritz no se hallaba solo a bordo, pues también estaba el mismo almirante von Treischke...

—¿También estaba von Treischke?—exclamó Gabriel—. No tenga usted cuidado, que también se le ajustarán a ése las cuentas; ya le llegará su turno. ¡Y esté usted seguro que si cae en mis manos, no seré yo quien tenga contemplaciones! Además de que es la bestia más repugnante que jamás se haya visto a la cabeza de una administración marítima, incluso boche, y que no tiene derecho a ninguna piedad en su calidad de terror de Brujas y verdugo de Flandes, yo no podré olvidar jamás la parte que tomó en mi personal infortunio... ¡Ha asistido al crimen perpetrado con Dolores con una complacencia que le costará cara cuando la ocasión se presentel...

—¿Quiere usted oirme, Gabriel?—interrumpí—. Me ha dicho usted lo bastante para convencerme de que continúa usted navegando en las turbias aguas de un error del que, a mi juicio, se ha beneficiado bastante ese von Treischke...

Le diré a usted todo lo que sé, y tanto peor para el capitán Hyx, si al conocer la verdad contraría usted sus proyectos y arruina usted al mismo tiempo su abominable programa... ¡Sí, Gabriel, la verdad es muy otra! ¡Von Treischke no ha sido tan sólo un pasivo espectador del crimen, sino que ha sido él quien lo quiso y premeditó! ¡Fué él quien se lo impuso al débil carácter de Fritz!

—¡Ese Fritz no necesita de ningún aliento!—me contestó Gabriel, mirándome de mala manera—. ¿Tiene usted pruebas de lo que dice?

—Se tiene la prueba de todo, y cuando usted lo sepa todo no podrá usted dudar... No fué Fritz quien, lanzándose sobre Dolores, determinó a ésta arrojar al mar...

—¿Que Dolores no se tiró al mar?...

—No.

—¡Cómo!

—*¡La echaron al mar!*

—¡Por la Virgen santísima! ¿Y quién fué el que cometió tal crimen?

—El mismo von Treischke, ayudado de sus acólitos. Mientras que Fritz agonizaba, ataron de pies y manos a Dolores, y metiéndola en un saco, la echaron al mar...

—¡Por las llagas de Cristo! Lo que me cuenta usted, ¿no es una historia inventada para inducirme a descuartizar a von Treischke?—rugió Gabriel.

Se abalanzó literalmente sobre mí, y asiéndome las muñecas, me las apretaba hasta triturarlas. Un terrible furor alteraba su noble y hermoso semblante; torcíase su boca por el odio, y sus ojos estaban inyectados de sangre...

—¡Juro sobre la cabeza de mi madre y por mi salvación eterna que digo la verdad!—grité con el más sincero y ardiente impulso de que fui capaz, pues estaba deseoso de que deshiciera una presión que me hacía gritar de dolor... Desvanecidas sus dudas, me soltó, lo que me hizo lanzar un suspiro de alivio y satisfacción.

—Decididamente, no hay necesidad de mirar a usted dos

veces en un estado así para comprender que el capitán Hyx, empeñado en su venganza, hiciera lo posible por su parte para que ignorara usted la verdad y en exigir a Dolores que no se la dijera a usted enteramente.

—También castigaré a Dolores por haberme tratado como un chiquillo—gruñó el colérico y tumultuoso joven—; pero es éste un asunto entre los dos... Siga usted hablándome de von Treischke, y dígame cómo le pusieron al corriente de todo eso...

No le hice esperar, y le di a conocer todo lo que quiso, no omitiendo ningún detalle capaz de aumentar su odio y su rabia.

Bien pronto me di cuenta de que podía estar satisfecho de mí, pues Gabriel no viviría en adelante más que para satisfacer una venganza, que yo hallaba justa, y que tan a punto llegaba para arreglar nuestros asuntos...

Sin embargo, para no empeorar más de lo que ya estaban los que me afectaban particularmente, solicité de Gabriel, que bien podía encontrarse con el capitán Hyx, que no me descubriese y que guardara silencio, a lo que accedió con adusta complacencia, lo que acabó de tranquilizarme por completo.

Volvió a estrecharme las manos; pero esta vez tan amistosamente que no tuve que gritar de dolor.

—¡Es usted un amigo, un verdadero amigo!—declaró aquel honrado y espontáneo joven—. ¡Nunca olvidaré lo que por mí acaba usted de hacer!... Y ahora dígame en qué puedo servirle. Hace un momento ha aludido usted a cierto proyecto que le desembarazaría de todos sus enemigos, dándome a entender que yo podría serle útil; ¡hable usted!...

—Gracias por no haberlo olvidado, Gabriel. Sepa, pues, que los acontecimientos me han colocado entre el yunque y el martillo... Estoy perseguido a la vez por el peligroso resentimiento del capitán Hyx y por el diabólico interés que en este momento tiene por mí von Treischke, el que, como ya le he dicho, no ha vacilado en encarcelar a mi ma-

dre, para tener la seguridad de que me doblegaré a todos sus caprichos... Ignoro aún lo que me reserva, pero estoy seguro de que sus proyectos tienen que ser criminales.

—Seguramente — aprobó Gabriel—. El cerebro de ese hombre debe concebir el crimen con la misma seguridad que una gallina pone un huevo.

—Comprenderá usted, pues, ahora que para escapar del capitán Hyx y del almirante haya tenido la idea, no de darme la muerte, como lo temió usted por un instante, sino de *hacerme pasar por muerto*...

—En realidad, no es mala idea—dijo Gabriel—; por otra parte, las circunstancias se prestan a maravilla.

—Ellas han sido—continuó—las que me hicieron formar ese proyecto. A consecuencia de la catástrofe del *Lot et Garonne*, no le será difícil decir a usted que ha reconocido, o creído reconocer, mi cadáver flotando sobre las aguas. Como yo no estaba inscripto en la lista de pasajeros del paquebote, se llegará a la conclusión de que estaba a bordo del submarino. La pública declaración de usted a este respecto advertirá a von Treischke, el que no dudará de mi muerte, y si llega el rumor a oídos del capitán Hyx, éste no se sorprenderá de mi presencia al lado del almirante, y también él creerá en mi muerte... Por otra parte, para corroborar la afirmación de usted, yo desapareceré...

—No veo inconveniente alguno en declarar lo que usted me propone—me contestó Gabriel después de reflexionar un momento—: ¡he visto o creído ver su cadáver!... Si usted desaparece convenientemente al mismo tiempo, el plan no está mal pensado... ¡Sólo que hay que desaparecer!...

—Para ello es para lo que en particular cuento con usted...

—¡Esta vez le comprendo perfectamente!—dijome Gabriel efusivamente—; ¡sí, cuente usted conmigo! Mientras desembarco los naufragos y hago mi declaración, se ocultará usted aquí; luego nos haremos juntos a la mar. Nadie sabrá que está usted conmigo. Juntos perseguiremos al submarino y a von Treischke... ¡Ya verá usted qué existen-

cia tan maravillosa va a ser la nuestra, llena de imprevisto y de peligros, siempre renovados y siempre vencidos! ¡Cuando llegue usted a conocerlo no deseará usted vivir otra vida!...

Tosí ligeramente, y como parecía ya algo embarazado, Gabriel se sorprendió.

—¿Qué le pasa a usted?—me preguntó—. ¿Acaso no le agrada mi proposición tanto como yo esperaba?

—¡Dios mío!—le dije—. Yo quisiera, Gabriel, que se tomara usted la molestia de descender hasta mi estado de espíritu... ¡Créame usted que, después de todas las vicisitudes por las que he atravesado, no es muy brillante!... Se da el caso de que he combatido mucho, a pesar de ser neutral, y estoy muy fatigado... ¡Creo tener derecho a algún reposo... y si deseo desaparecer es precisamente por gustar de ese reposo en la medida de lo posible! ¡Y no dejará usted de reconocer que sería una singular manera de descansar de mis aventuras sobre y bajo el mar, en la tierra y en los aires, en submarino e hidroavión, en auto blindado y otros vehículos excepcionales, el embarcarme a bordo de un pesquero dedicado a la caza de los submarinos de von Treischke!...

—¡Sí, sí, tiene usted razón!—contestó Gabriel—. ¡Perdone usted mi proposición, inspirada en un buen deseo...; pero entonces ¿cómo hacer?

—He pensado que podría usted desembarcarme a cencerros tapados en cualquier lugar salvaje de esa costa que tan bien conoce usted, y entregarme a uno de esos salvajes que le son tan adictos, arreglándoselas de manera para que viva allí como si realmente no existiera para nadie, excepción hecha de usted y de mí...

Gabriel meditó un rato, al cabo del cual exclamó:

—¡Tengo lo que a usted le conviene! ¡Todo se arreglará según su deseo!

Por el momento no me dió otras explicaciones, pues sus deberes exigían su presencia en el puente.

Un marino vino a buscarme por su orden y me condujo hasta el fondo de la bodega, en donde permanecí durante algunas horas, que me parecieron interminables, en profunda obscuridad, molestando por un olor insoportable, empapado por las aguas de las sentinas y vacilante a causa del mareo; pero mantenido por la esperanza de que en lo sucesivo todo me iría bien, puesto que el mundo ignoraría mi existencia...

El ruido y los movimientos de a bordo me revelaron que habíamos llegado a un puerto y, como ya supondrán, tuve buen cuidado de no mostrarme. Debían haber desembarcado los naufragos, y Gabriel tuvo largas conferencias con las autoridades. Por lo que pude comprender colegí que nos debíamos hallar en algún puerto de la costa española, en Santander o Bilbao.

La misma noche pude saber, por el mismo Gabriel, que habíamos estado en Santander y que el *Ana María* estaba ya a algunas millas de él.

Media hora más tarde abandonaba el *Ana María*, después de fuertes abrazos y muchas palabras de aliento, embarcando en una lancha, la que con mucho misterio me desembarcó en una playa rocosa y calcárea.

Me acompañaba un contramaestre, el que dirigió mis pasos a un kilómetro del punto que desembarcamos, cerca del cabo mayor (1).

Allí, en una fragosidad de la costa brava, hallamos una casita de pescadores, tan pequeña que para verla había que inclinarse.

Mi compañero golpeó por dos veces y de singular modo la puerta, que se abrió. Cambiáronse algunas palabras, de las que nada comprendí, en el umbral de la casa, entre mi guía y una sombra bastante salvaje; después de esto mi acompañante me saludó, alejándose.

(1) En español en el original.

La sombra me empujó al interior de su agujero, se cerró la puerta y me hallé en una especie de sepultura en la que no me pareció difícil hacerme pasar por muerto.

¿No lo estaba, por otra parte, casi a medias? ¿No era aquello lo que yo mismo había deseado?